Pedro
Lain-Entralgo

La Etica Hipocratica

En cuanto acto humano, la relación entre el médico y el enfermo es constitutivamente ética; pero su modo de serlo cambia con las creencias religiosas y morales imperantes en la sociedad en que se produce. Aun cuando sea posible construir una "ética médica natural" — válida, por tanto, para cualquier situación histórica —, y aun cuando la excelencia de esa permanente tabla moral del médico llegue a su cima cuando cristianamente se la sobrenaturaliza, algo y aun mucho hay que en el aspecto ético de la relación médico-enfermo va cambiando a lo largo de la historia.

La ética de los asclepíadas hipocráticos fué la correspondiente a su doble condición de médicos y griegos. Nada más obvio. Pero la "helenidad", concepto cultural indudablemente unitario, fué modulándose en el curso de su existencia histórica. Algo de cómun hay, por el hecho de ser griegos, entre un augur de la época homérica y un sofista del siglo V; algo distinto hay también entre ellos. Pues bien: griegos de estirpe y cultura, radicalmente griegos, los asclepíadas hipocráticos lo fueron como tenía que serlo un *tekhnitês* y un *physiológos* de los siglos V y IV, y tanto en orden a su pensamiento (teoría de la *phýsis* del hombre, saber patológico y terapéutico), como en orden a su conducta profesional (política y deontología del ejercicio médico).

La ética de los médicos hipocráticos fué formalmente religiosa. La interpretación positivista de la cultura griega se ha complacido presentando la medicina hipocrática como una suerte de "secularización científica" de la medicina religiosa anterior a HIPÓCRATES [1]. No puedo compartir ese juicio. La hazaña de los fundadores de la *tékhnê iatrikê* (ALCMEÓN, HIPÓCRATES, etc.) tuvo como último fundamento, es cierto, un cambio en la actitud religiosa del hombre griego; pero este cambio — visible primero en las colonias, y luego en las *póleis* áticas y lacedemonias — no fué tanto una "secularización" como una "reforma": junto a la vieja *religiosidad cultual*, fuese olímpica, dionisíaca u órfica su figura, apareció en determinados círculos una *religiosidad ilustrada*, cuyo nervio más íntimo consistió en subrayar intelectualmente el carácter divino de la *phýsis*. Lo divino — *tò theion* — es para estos hombres la *phýsis*, la naturaleza universal, princi-

pial y materna; Zeus, Poseidón, Deméter y Dionisos no serían sino figuraciones populares de esa radical y unitaria divinidad. El naturalismo, nota fundamental de la cultura griega, hácese así doctrina religioso-filosófica. Los iniciadores de esta nueva actitud de la mente helénica — TALES DE MILETO, ANAXÍMENES, ANAXIMANDRO, PITÁGORAS, EMPÉDOCLES, etc. — son a la vez "teólogos" (JAEGER) y "fisiólogos". Más precisamente: son teólogos en tanto que fisiólogos, y fisiólogos en tanto que teólogos. Poco importa que algunos acentúen el carácter "fisiológico" de la nueva religiosidad (los filósofos presocráticos) y otros subrayen, con mayor o menor gravedad ética, sus aspectos "políticos" (los sofistas, SÓCRATES, PLATÓN); lo verdaderamente importante y decisivo es la mutación religiosa de que todos ellos son a la vez causa y consecuencia[2].

Sobre ese fundamento religioso y filosófico construyen su medicina los autores del *Corpus Hippocraticum*, y él es también el que orienta y determina su ética profesional. La deontología hipocrática se apoyaba más o menos expresamente en una religiosidad muy determinada y explícita, que a los ojos del historiador aparece como una suerte de oscilante compromiso — valga la expresión — entre la vieja "piedad cultual" y la nueva "piedad fisiológica". Aquélla se hace patente sobre todo en el arranque mismo del *Juramento* — "Juro por Apolo médico, por Asclepio, por Higea y Panacea, para todos los dioses y diosas . . ." —; esta otra, en los escritos *Sobre la enfermedad sagrada*, *Sobre los aires, las aguas y los lugares*, *Sobre la dieta*, la *Ley*, el *Pronóstico*, etc. La *eusébeia* que tan enérgica y reiteradamente proclama el autor de *Sobre la enfermedad sagrada* es sin duda alguna la suma del tradicional culto a los dioses y la nueva "piedad fisiológica" de los pensadores presocráticos (L. VI, 352—364): condena, es cierto, las purificaciones y los encantamientos con que la superstición antigua trataba de combatir el mal epiléptico, pero recomienda aunar las prácticas de la religiosidad consuetudinaria (el sacrificio ritual, la plegaria a los dioses en el templo; L. VI, 362) con los recursos terapéuticos "naturales", últimamente basados en la condición divina de la *phýsis*[3].

¿Quiere esto decir que la ética médica posee figura y contenido uniformes en todos los escritos del *Corpus Hippocraticum* y que, por tanto, es posible construir una "deontología médica hipocrática" colacionando textos y opiniones procedentes de cualesquiera de ellos? Tal fué hace años la opinión de G. WEISS[4]. Frente a ese criterio uniformador, L. EDELSTEIN ha demostrado que ni siquiera el más venerado y central de los documentos de la ética hipocrática, el *Juramento*, fué aceptado como dogma intocable por todos los médicos de la Antigüedad clásica. "El *Juramento* hipocrático — concluye EDELSTEIN — es un manifiesto pitagórico, y no la expresión de un canon absoluto de la conducta del médico"[5].

Con EDELSTEIN y tantos otros, pienso que hoy no es posible estudiar con un mínimo rigor el *Corpus Hippocraticum* sin distinguir la escuela y la época a que perteneció, si tal precisión puede alcanzarse, el autor del escrito considerado. No es poco lo que separa un escrito neumático de otro humoral, uno coico de otro cnidio, uno procedente del siglo V de otro compuesto ya avanzada la época helenística de la cultura griega. Ello, sin embargo, no puede impedir que todos los autores de esos escritos coincidan entre sí en ser griegos y en ser médicos, *tekhnitai* o "técnicos" griegos de la medicina. Lo cual obliga a completar ese estudio discriminador con otro comparativo y sistemático, enderezado a discernir y mostrar lo que por debajo de las diferencias cronológicas e intelectuales — Cos o Cnido, humoralismo o neumatismo, Grecia de Pericles o helenismo tardío — hace comúnmente "griegos" los escritos del *Corpus Hippocraticum*[6]. Salvo matices irrelevantes, hay una idea de la "amistad médica", del diagnóstico y del tratamiento común, a mi juicio, a todos los tratados clínicos del *Corpus*; hay por tanto, en el más amplio y fundamental sentido de la expresión, una "medicina hipocrática". Preguntémonos, pues: en orden a la relación entre el

médico y el enfermo, ¿cuáles fueron los rasgos y preceptos principales de la ética médica hipocrática? Con otras palabras; ¿cómo se expresó éticamente la *philía iatrikê* o "amistad médica" de los médicos griegos?

Pienso que la respuesta puede ser ordenada en tres puntos: tecnificación del instinto de auxilio, concepción ética, no sólo técnica, de la limitación del arte de curar, actitud del médico frente al problema de la retribución de su actividad.

Aunque con su conducta libre y personal no lo siga, el hombre lleva en su alma un instinto de auxilio al semejante menesteroso. La crueldad puede estar en la naturaleza de un hombre, pero va — esencialmente — contra la naturaleza humana. Pues bien: el rasgo más central y meritorio de la ética médica hipocrática consistió en *aceptar, interpretar y potenciar técnicamente ese instinto de auxilio al semejante enfermo.* Hay artes — dice el autor del escrito *de flatibus* — "que son benéficas para los que de ellas se sirven, pero penosas para quienes las poseen", y entre ellas está la medicina. El médico "tiene la vista contristada, el tacto ofendido, y en los dolores ajenos sufre penas propias, mientras que los enfermos, por obra del arte, escapan a los mayores males, enfermedades, sufrimientos, penas, muerte; porque contra todos ellos halla recursos la medicina" (L. VI, 90). El famoso principio de "favorecer y no perjudicar" (L. II, 634) y la reiterada obligación del médico de consagrarse con ahinco y decoro al bien del enfermo, hasta lograr, no sólo la salud de éste, sino incluso su "buena apariencia" — *éneken hygieiês, éneken euskhêmosynês,* "por causa de la salud y de la buena apariencia" del que le llama debe proceder el médico, dicen textualmente los *Praecepta* (L. IX, 258) —, son la más inmediata expresión de esa noble actitud moral. Vea et lector los escritos *de habitu decenti, Praecepta, de medico,* etc.

Este proceder tuvo su fundamento en la *philanthrôpía* del médico, en su amor al hombre en tanto que hombre. Ella es, según un texto famoso, la que debe hacerle amar a su arte (*Praecepta,* L. IX, 258). Cuando moralmente era lo que debía ser, el asclepíada hipocrático amaba a su arte a través de su amor al hombre, y al hombre — al enfermo que requería sus servicios —, a través de su amor al arte. Es cierto que tal mandamiento procede de un escrito redactado muy tardiamente, cuando ya los estoicos habían difundido en el mundo helenístico la idea y la palabra de la *philanthrôpía;* idea y palabra que sería inutil buscar en los escritos de los siglos V y IV antes de Cristo. Pero no menos cierto es que la estimación intelectual y ética de la "naturaleza del hombre" latente en el *Corpus Hippocraticum* desde su documentos más antiguos, preludia o inicia esa *philía* hacia el hombre en cuanto tal. A su manera médica y helénica, HIPÓCRATES fué un "filántropo" *avant la lettre.*

A su manera médica y helénica. Esa nobilísima faena de aceptar, interpretar y potenciar el instinto de auxilio al hombre enfermo tuvo, en efecto, doble condicionamiento: fué, por una parte, "técnica", y de ahí su influencia imperecedera sobre todos los médicos que han heredado el mensaje griego; se ajustó, por otra parte, a la concepción griega de la *philía* y de la *tékhnê.* Ahora bien: la *philía,* la amistad, médica o no, fué siempre para los griegos *physiophilía,* amor a la naturaleza, y la *tékhnê,* el arte, un saber hacer racionalmente lo que la naturaleza consiente hacer. Y puesto que la *phýsis* era para él "lo divino", el médico hipocrático se sintió íntimamente obligado a *considerar como un imperativo religioso y ético el respeto a la limitación de su arte;* en definitiva, su abstención como terapeuta frente a lo que la "necesidad de la naturaleza" o *anánkê phýseôs* no le permitía hacer.

Nada más significativo que la definición de la *tékhnê iatrikê* en el escrito *de arte:* "Pienso que la medicina tiene por objeto librar a los enfermos de sus dolencias, aliviar los acesos graves de la enfermedad y abstenerse de tratar aquellos enfermos que ya están dominados por la enfermedad, puesto que en tal caso se sabe que el arte no es capaz de nada" (L. VI, 4—6). La frecuencia y la rotundidad con que este

imperativo de la abstención terapéutica es formulado en el *Corpus Hippocraticum (Lex,* L. IV, 638—640; *de morbis I,* L. VII, 640; *Prorrético II,* L. IX, 26, etc.) indican muy claramente que no se trata de un simple consejo técnico, sino de un mandamiento últimamente religioso y ético. Regido por sus creencias acerca de la naturaleza, el hombre y el arte, el médico hipocrático entendía como un deber suyo abstenerse de tratar a los incurables y a los desahuciados; mejor dicho, a los enfermos que su discriminación "técnica" entre *nósos kat'anánkên* ("enfermedad necesaria o forzosa") y *nósos kat'atykhían* ("enfermedad azarosa o por infortunio") hacía considerar incurables o desahuciables por inexorable mandato divino de la Naturaleza. Todavía en el siglo III de nuestra era podía hablar Orígenes, polemizando contra CELSO, de "enfermos tan corrompidos ya y con tan mal sesgo en su dolencia, que un médico entendido — esto es, uno de los asclepíadas de la Alejandría pagana — tendría escrúpulo en tratarlos (*contra Celsum*, III, 25).

Trátase, por lo demás, de una actitud ética común a todo el pueblo griego. Ella es la que determina el elogio de la "medicina resolutiva" en la *Politeia* platónica. En ella se funda también el juicio de PAUSANIAS en el *Symposion* a propósito de la prestación de favores ("Es bello hacer favores a los hombres virtuosos, y feo hacérselos a los viciosos"), y la ulterior aplicación de esa regla a la medicina por ERIXÍMACO (*Symp.* 186 bc: es feo para un médico tratar de curar lo que "por naturaleza" es malo, *kakón*). A ella debe referirse, en fin, el consejo aristotélico de abandonar, por su irremediable incapacidad para la amistad, al hombre cuya maldad se reputa incurable (*Eth. Nic.* 1165 b 23—25). El radical naturalismo del pensamiento helénico y su consiguiente concepción de la *philanthrôpía* como *physiophilía* habían de expresarse así; ver las cosas de otro modo sería para un griego incurrir en delito de *hýbris*, pecar de "desmesura" contra la inapelable divinidad de la *Phýsis*. En suma: el médico hipocrático no era "amigo del enfermo", en el sentido que cristianos y no cristianos damos hoy a esa expresión[7], sino "amigo de la naturaleza" y "amigo de su arte", en cuanto éste le permitía ser — respetuosa y venerativamente — "fisiófilo".

Suele decir el pueblo que cuando la caridad es bien entendida "empieza por uno mismo"; sentencia que puede tener un sentido noble (cuando uno demuestra amarse a sí mismo dándose a los demás) y un sentido bellaco (cuando el amor de sí mismo consiste en negarse a los demás o en buscar ante todo el provecho propio)[8]. Con igual razón cabría decir que el bien entendido amor a la naturaleza — la "fisiofilía" — debe comenzar por la de uno mismo, y que de esta máxima cabe una versión noble (la del *phílautos* aristotélico) y otra menos noble (la de quien ante todo busca fama y lucro propios). Esta debió de ser por lo general la versión del asclepíada helénico, a juzgar por lo que el *Corpus Hippocraticum* enseña acerca de los *honorarios del médico* y por lo que la sociedad en torno a él dijo a veces sobre el tema.

La relación económica entre el médico hipocrático y el paciente se ajustó a los siguientes principios:

1º. El médico debe ser ante todo servidor de su arte, *hypêrétês tês tékhnês* (L. II, 636); y, a través de su servicio al arte, servidor de la Naturaleza. Por consiguiente, sus honorarios quedarán éticamente justificados cuando con su conducta profesional procure su perfección como aprendiz del arte que practica. "No se piense en el salario sin el deseo de buscar instrucción", dice una sentencia de los *Praecepta* (L. IX, 258). El buen médico debe ser siempre "aprendiz" *(mathêtês)* de lo que la naturaleza le enseña a través del arte y de lo que el arte le enseña acerca de la naturaleza.

2º. El médico debe tener en cuenta en su ejercicio profesional la situación económica del paciente; y no sólo porque hay una medicina "para ricos" y otra "para pobres" (*de diaeta III*, L. VI, 594—606), mas tambien para graduar la cuantía de sus honorarios. "Considérense las riquezas *(periousiê)* y los recursos *(ousiê)* del enfermo", recomiendan expresamente los *Praecepta;* aunque, desde luego, sin abusar en la exigencia, sin "inhumanidad" (L. IX, 258).

61 3º. A veces, el médico prestará sus servicios gratuitamente, en recuerdo de un favor recibido o por conseguir buena fama; lo cual acontecerá, sobre todo, cuando el enfermo sea extranjero y pobre. Porque — tal es la ocasión en que por vez primera aparece la famosa sentencia — donde hay a mor al hombre hay también amor al arte (L. IX, 258).

La asistencia gratuita al enfermo tuvo para el asclepíada hipocrático dos motivos principales: uno inmediato e interesado, el ansia de fama; otro remoto y noble, el amor al hombre, y a través de éste, el amor a la Naturaleza; su "filantropía fisiofílica", si vale decirlo así. Pero no parece que este último mandamiento tuviese mucha fuerza social, al menos en la Atenas de ARISTÓFANES. En el *Pluto* — en la segunda de sus dos comedias así tituladas — el gran cómico presenta a Cremilo, campesino pobre que por mandato de un oráculo de Loxias trata de curar al dios de las riquezas de la perturbadora ceguera que éste padece. Busca para ello un médico competente, y da cuenta del fracaso de su empeño con estas palabras: "¿Cómo hallarlo? Donde no hay recompensa, no hay arte"[9]. Los asclepíadas atenienses del siglo V distaban mucho de sentir en sus almas el mandamiento que muchos años despues, movido por una sensibilidad nueva, había de dar a la posteridad otro griego de su mismo oficio.

*

La medicina de la Grecia clásica no fué un bloque monolítico y uniforme. Ya en su periodo hipocrático hubo en ella grupos y escuelas: pitagóricos, coicos y cnidios; humoralistas, neumáticos y doctrinarios del fuego; clínicos más tipificadores y clínicos más individualizadores. Pasado el periodo hipocrático surgirán empíricos, metódicos y eclécticos, y al fin la gigantesca obra sistemática de GALENO. Cambian tambien la sensibilidad moral y social del médico: mídase *in mente* la distancia entre un terapeuta más o menos próximo a los ideales éticos y políticos de PLATÓN y el tardío autor de los *Praecepta*. Cambia, en fin, el marco social en que se presta la asistencia al enfermo: las *póleis* jónicas en es caso de HIPÓCRATES, la Atenas del siglo IV en las descripciones de PLATÓN, y más tarde las ciudades alejandrinas y la Roma imperial.

A través de tantos cambios, algo, sin embargo, perdura constante en la medicina antigua: la actitud del médico frente al enfermo, esquemáticamente reducible a dos tipos, uno menos noble y otro más noble. Los médicos pertenecientes al primero practican su técnica movidos principalmente por un vehemente afán — más secreto en unos casos, más declarado en otros — de prestigio y de lucro. Los médicos integrantes del segundo son, por supuesto, técnicos profesionales y hombres sensibles a la atracción que sobre el alma humana ejercen el renombre y el dinero; pero el móvil que últimamente les ha llevado a ser "técnicos" de la medicina y a actuar como tales es el doble amor a la naturaleza y al arte antes mencionado. Estas actitudes cardinales del médico ante su *tékhnê* y la del hombre antiguo ante el hecho vital de la enfermedad[10] determinaron el contenido y la figura de la relación entre el médico y el enfermo a lo largo de la Antigüedad clásica.

Pero el hombre, ¿es sólo naturaleza cósmica? ¿Se agota íntegramente su ser en la realidad a que los antiguos griegos dieron el nombre de *phýsis*? Y si no es así, si en la realidad del hombre hay algo — un comportamiento, un principio de ser — de índole constitutivamente trans-cósmica, ¿cuál habrá de ser su posición intelectual, operativa y ética frente a un evento de su vida tan hondo y removedor como la enfermedad? ¿Cuál habrá de ser, en tal caso, su manera de entender y practicar la relación médica con el enfermo? Cuando la cultura helenística declinaba, algunos hombres oscuros procedentes de Palestina se atrevieron a afirmar que la realidad del hombre es algo mucho más alto y digno que la *phýsis* cósmica. Se llamaban a sí mismos "cristianos". Pero, como diría KIPLING, la tarea de exponer cómo estos hombres llegaron a entender el tratamiento del enfermo y a concebir la enfermedad es ya otra historia.

Anotaciónes:

1 Ch. Daremberg: Histoire des sciences médicales, Paris, 1870; R. Fuchs: Geschichte der Heilkunde bei den Griechen, en el Handbuch de Neuburger-Pagel, I, Jena, 1902, pág. 241; M. Neuburger: Geschichte der Medizin I, Stuttgart 1911, pág. 194; M. Pohlenz: Hippokrates und die Begründung der wissenschaftlichen Medizin, Berlin, 1938, pág. 85 et passim.

2 Debo limitarme a estas sumarísimas indicaciones. Vea el lector los tratados y monografías de los expertos en religión griega: Kern, Nilsson, Deubner, Jaeger, Dodds, Guthrie, Festugière, Snell, Pfister etc.

3 Véase Nestle, W.: Der Begriff des *theion* und *daimónion*, en Griechische Studien, Stuttgart, 1948, y H. W. Miller: The Concept of the Divine in the Morba Sacro, Transactions and Proceedings of the American Philological Association, 84 (1953), 1—16.

4 „Die ethischen Anschauungen im Corpus Hippocraticum", Arch. Gesch. Med., IV, 1910, 235—262.

5 Edelstein, L.: The Hippocratic Oath. Text, translation and interpretation, Baltimore, The Johns Hopkins Press, 1943. Véase también: K. Deichgräber: Die ärztliche Standesethik des Hippokratischen Eides, Quellen und Studien, 3, Berlin, 1933, 29—49, y Idem: Der hippokratische Eid, Stuttgart, 1955.

6 Esa fué también la intención del valioso ensayo de O. Temkin: Der systematische Zusammenhang im Corpus Hippocraticum, Kyklos, I, 1928, 9 y sigs.

7 Salvo si el hombre actual confiesa un naturalismo radical y consecuente, y no ve al hombre como "persona", sino como pura "naturaleza cósmica". En tal caso la amistad desaparece y es sustituída por la simple camaradería.

8 Claro está que el amor de sí mismo deja en este último caso de ser verdadera caridad y se convierte en puro egoismo. Véase: J. Schumacher: Vom Wesen des Arzttums, Stuttgart 1957, pág. 37 y Idem: Die Anfänge abendländischer Medizin in der griechischen Antike, Stuttgart 1965, pág. 64, 72—74, 78, 97.

9 Más detalles acerca del Pluto de Aristófanes, en mi libro Enfermedad y pecado.

10 ¿Qué fué para el hombre antiguo la enfermedad, en cuanto vicisitud de la existencia humana? ¿Qué nos enseña el Corpus Hippocraticum acerca de la acitud del enfermo helénico ante sus dolencias? El tema debe ser más amplia y minuciosamente estudiado.